
La grieta

No fue de golpe. La locura no llegó como un estruendo ni como un sobresalto. Fue más bien como una grieta delgada en una pared, imperceptible al principio, algo que uno ignora mientras vive, mientras enciende la luz, mientras respira. Pero una grieta no se queda inmóvil: se extiende, se retuerce, se cuela en los cimientos. Y un día, sin saber cuándo ni cómo, se había tragado toda la casa. La había corroído como la humedad lenta que no se escucha, pero devora.

Yo tenía una rutina. Me despertaba a la misma hora, me preparaba el café —siempre amargo, como a ella le gustaba— y salía al trabajo con puntualidad casi religiosa. Era martes. El aire era denso y silencioso, como si la ciudad contuviera la respiración. Todo parecía igual. Pero al volver a casa y dejar la chaqueta, algo ya no estaba en su lugar. La taza. No estaba donde la había dejado. Ni en la mesa, ni en el fregadero, ni en ningún rincón lógico. Vivo solo. Y ahí comenzó a abrirse la grieta.

Pensé que quizá mi atención había estado nublada, como ocurre cuando la conciencia opera de manera mecánica, mientras la mente divaga por senderos más profundos. Pero esa noche, ya acostado entre las sábanas blancas —las que ella eligió, las que ahora eran también mis favoritas por esa sola razón—, sentí una presencia.

Los pasos llegaron suaves, comedidos. No eran pisadas erráticas. Eran cuidadosas. Lentas. Como las de quien no quiere ser oído. Un movimiento deliberado, casi íntimo. No dormí. Me convencí de que era la madera vieja, el viento, el eco de la memoria. Pero la noche siguiente volvió el mismo sonido. Y la siguiente. Y la siguiente.

Empecé a hablar con ella. No en voz alta, sino en ese tono invisible con el que uno conversa con sus muertos, con los recuerdos, con lo que alguna vez fue y ya no es. Pensaba en su rostro, en la forma en que entrecerraba los ojos al sonreír, en la dulzura de su voz cuando aún no se había roto el mundo. Me aferré a cada gesto, cada pliegue de su cuerpo al despertar, a las pausas que dejaba entre una palabra y otra, como si midiera el peso de lo que decía. Su sonrisa no era amplia ni bulliciosa, pero bastaba. Estaba hecha para mí. Cuando me miraba, el resto del mundo se volvía secundario.

La casa empezó a llenarse de ella. A veces creía escuchar su risa en el pasillo, o sentir el perfume tenue que solía usar cuando bajábamos a pasear. Ya no me parecía extraño notar que alguien se sentaba al borde de la cama por las noches. No giraba la cabeza. Quería conservarlo. No importaba si era real o no. Era mío. Y era ella.

Hasta que una noche, al cruzar el umbral del salón, la vi.

Estaba de pie, inmóvil, con su vestido azul claro. Ese que llevaba la tarde que fuimos al campo. El sol se filtraba por la ventana como si fuera un recuerdo líquido. Me sonrió. Y en

esa sonrisa estaban los días sin relojes, las conversaciones sin prisa, los silencios que sabían a hogar. Extendió su mano. Y yo, sin pensar, la tomé.

Todo se desvaneció. Las paredes, el suelo, el techo. Ya no estábamos allí. Caminábamos por un campo ancho, abierto, donde la brisa era cálida y las flores crecían como si fueran parte de un sueño antiguo. El cielo tenía un tono dorado que parecía arder sin quemar. Bajo nuestros pies, la tierra era blanda, generosa. A lo lejos, una hilera de árboles se mecía con un ritmo lento, como si también recordaran.

Ella avanzaba delante de mí. Yo la seguía, sin decir palabra, sin cuestionar nada. El tiempo parecía suspendido. Las flores eran sus favoritas: margaritas silvestres, amapolas, lirios suaves y frágiles. Todo en ese lugar tenía algo de ella. El aroma, el tacto del aire, la cadencia de cada paso. Era como si su esencia hubiera impregnado el mundo.

En un momento, se detuvo. Se agachó y pasó los dedos por una flor blanca. Permaneció así un instante, sin hablar. Luego, muy lentamente, giró la cabeza y me miró. No fue una mirada cualquiera. Me examinó con ternura, como quien observa una herida aún abierta, como si buscara confirmar que yo era el mismo, que seguía ahí. Entonces se incorporó, me dio la espalda de nuevo y comenzó a andar.

No dijo nada. Pero no hacía falta. Ese gesto, ese breve giro, era suficiente. Me estaba pidiendo que la siguiera. No con palabras, sino con el cuerpo, con la voluntad entera. Y yo lo hice. Avancé tras ella, guiado por su silueta entre las flores, por la memoria de su calor, por la esperanza de volver a estar juntos. En ese momento, sentía que todo era paz. Que todo era calma. Como si al fin el mundo hubiera encontrado su pulso verdadero. Como si la muerte —aunque aún no supiera que lo era— fuera el único lugar donde ella todavía podía esperarme.

Pero la tierra empezó a cambiar. El suelo ya no era mullido ni vivo. Era rígido. Oscuro. Miré a mis pies y ya no había flores. Había tablones, húmedos y astillados, cubiertos por una neblina espesa. A cada paso, el sonido era más hueco. Como si caminara sobre algo vacío.

Ella seguía caminando. Pero ahora su figura se desdibujaba poco a poco. La luz ya no era cálida. El cielo, antes dorado, se había vuelto gris. Me detuve. El corazón se me congeló.

Estaba sobre un puente. Un paso estrecho y alto que atravesaba un vacío sin fondo. La niebla lo cubría todo. No sabía cómo había llegado allí. Solo que ya no estaba en el campo. Y cuando alcé la vista, ella se había ido. Solo quedaba el eco de sus pasos, alejándose, disolviéndose.

Y fue entonces cuando lo comprendí.

Ese campo, esa belleza, esa tranquilidad absoluta... no era un lugar. Era un umbral. Un engaño sereno. Una máscara construida por mi propia mente para dar forma al deseo más profundo: estar con ella, sentirla cerca, volver. Pero lo que había seguido no era la vida. Era la ausencia. Y lo que había interpretado como calma... era la muerte.

Quise detenerme. Quise gritar. Quise regresar. Pero el cuerpo ya no obedecía. Mis pies seguían avanzando por voluntad propia, como si no me pertenecieran. Di un paso más. Luego otro. Y entonces ya no había suelo bajo mí. Solo el aire. Y luego la caída. Una caída lenta, infinita, sin luz.

Y mientras descendía hacia el abismo, con los brazos abiertos como quien abraza la nada, entendí la verdad más cruel de todas: que la mente humana no necesita de monstruos ni de castigos para destruirnos. Le basta con darnos lo que más anhelamos, envolverlo en paz, cubrirlo de ternura... y esperar a que lo sigamos.

Porque lo más triste no fue la caída, ni la muerte, ni siquiera la grieta. Lo más perturbador fue que creí que estaba caminando hacia la felicidad.

Antonio Morales.